

La Nueva Cristiandad de Maritain a la luz de las críticas del padre Meinvielle

Exponía Maritain en su *Théonas*, publicado en 1921, advirtiendo sobre los peligros de convertir la ley del progreso en máxima universal, de modo que, otorgándole dominio absoluto sobre la historia, se llegara inexorablemente a concluir que todo lo que es principio, tanto en el orden del conocimiento como en el de la vida moral, debiera, en algún momento, ser cambiado:

“...la ley del progreso exigiendo el cambio constante de los fundamentos y de los principios admitidos en el pasado, exige también que el movimiento de la humanidad hacia lo mejor, se cumpla por una renovación ininterrumpida de subversiones, por tanto, de destrucciones.... La idea mito del progreso devora así al progreso real”.¹

Condenaba el autor francés con estas fuertes palabras, el enaltecimiento del progreso al nivel de ley metafísicamente necesaria, lo que consideraba como algo fundamentalmente negativo y consecuencia errada de un principio falso. Esto mismo explicaba también en la obra al afirmar que “el dogma del progreso necesario de la especie humana procede de un dato muy simple del sentido común sobre el movimiento, interpretado y generalizado falsamente por ignavia metafísica siguiendo la ley del menor esfuerzo intelectual”.²

Como es sabido para los conocedores de la obra de este autor, su comprensión se hace más clara considerando el proceso de evolución que tuvo su pensamiento, desde su conversión en 1906 hasta su consagración como filósofo cristiano reconocido mundialmente, a mediados de siglo. La severa advertencia que supo realizar el joven Maritain en *Theonás*, frente al peligro de la absolutización del progreso, parecería volverse tenue y distante con la consideración de su pensamiento madurado en los trabajos que le siguieron.

El desarrollo de la filosofía política que hace el autor francés en obras posteriores acerca del lugar de la civilización cristiana en la historia y sus planteos sobre la realización de una “Nueva Cristiandad”, es a lo que intentaremos abocarnos con este análisis. Primero (I), haciendo una consideración de sus principales tesis, analizando el texto original y procurando una fiel reproducción y comprensión de su pensamiento, para luego (II) colocarlas a la luz de la fuerte crítica realizada por el padre Julio Meinvielle, la cual nos vemos obligados a reducir a no más de dos postulados centrales al no ser posible en este trabajo una mayor extensión.

¹ *Théonas*, deux. édit., Nouvelle Librairie Nationale, 1925, pág. 120 (como se citó en De Lamennais a Maritain, Ediciones Nuestro Tiempo, 1945, pág. 16)

² *Théonas*, pág. 123.

I) Frente a una consideración de lo afirmado por Maritain en los años 20, en los pasajes que citábamos más arriba, resulta llamativo observar la diferencia en el modo del autor de referirse a la noción progreso, cuya absolutización había suscitado tan tajante crítica. Es de esta manera que en *Christianisme et Démocratie*³ escribe:

“El progreso no tiende a hacer recuperar mañana el paraíso mediante la Revolución, sino a hacer pasar las estructuras de la vida humana a estados mejores, y eso, a lo largo de la historia, hasta el advenimiento del reino de Dios (...) Que creáis o no en este advenimiento, hacia el os volvéis si creéis en la marcha hacia delante de la humanidad.”

En el pensamiento maritaniano madurado aparece ahora el planteo de que la historia humana progresa siempre en una dirección y que es menester creer en ese progreso si confiamos en que la humanidad “marcha hacia delante”. Es tal la importancia para Maritain de poner la fe en este avance, que llegará a decir en la misma obra que la negación de dicho progreso prevalece solo entre quienes desesperan del hombre y de la libertad, lo que en sus palabras constituye una suerte de “suicidio histórico”.⁴

Queda claro, por lo tanto, que el progreso ha cobrado un nuevo protagonismo para el autor, ya que, ahora, es este mismo el que en la marcha siempre hacia delante de la humanidad, nos hará alcanzar cada vez estados mejores. Como el ser humano está encaminado siempre hacia su mejoría, y, como la civilización se encuentra transitando el proceso revolucionario, la revolución, entonces, será precisamente el camino del progreso⁵. La ley que para Maritain señala este proceso es la ascensión de la consciencia por el movimiento de la historia. En *Les Droits* explica⁶ que este movimiento de la humanidad depende de la doble ley de la degradación y la sobreelevación de la energía de la historia. La usura del tiempo y la pasividad de la materia disipan y degradan las cosas del mundo, pero es la energía de la historia, la fuerza humana propia del espíritu y la libertad, que elevan cada vez más la calidad de esa energía. Esta fuerza es la que mueve la marcha de la humanidad hacia la evolución de la vida íntegra. Entonces, el progreso significa ascensión de la conciencia, en palabras de Maritain “La evolución por mecanismo de sus síntesis se carga cada vez más de libertad”. De esta manera queda definitivamente consagrado en su pensamiento el dogma del progreso terreno.⁷

³ J. Maritain, *Christianisme et Démocratie*, Biblioteca Nueva, 1955, pág. 58.

⁴ J. Maritain, *Christ. et Dém.*, pág. 59.

⁵ J. Meinvielle, *De Lamennais a Maritain*, Ediciones Nuestro Tiempo, 1945, pág. 21.

⁶ J. Maritain, *Les Droits de l’homme et la loi naturelle*, Dédalo, 1961, pág. 58.

⁷ J. Meinvielle, *De Lamennais a Maritain*, Ediciones Nuestro Tiempo, 1945, pág. 5.

Este lugar privilegiado que encuentra ahora el progreso en Maritain, no deja estar atado, como veremos, a la divina Voluntad, por lo que forzosamente hemos de concluir del gobierno providencial de Dios el *progreso terrestre*⁸ indefinido de la humanidad. En sus palabras⁹ “inmovilizar de forma única” al ideal de una cultura sería “ir contra Dios mismo y luchar contra el gobierno supremo de la historia.” La Voluntad antecedente de Dios, que desea nuestra perfección, y Su Voluntad Permisiva, quedan confundidas, ya que lo que en apariencia era el mal del hombre en la historia, que se manifestaba en forma de herejías o ateísmo, no es más que la misma providencia que nos lleva siempre hacia nuestro fin. Por ello, para Maritain “no se condena la historia.”¹⁰ El camino histórico, con sus errores y desvaríos es el mismo camino deseado por Dios para alcanzar los fines salvadores. Observará el padre Menvielle¹¹ que de esto se concluye la imposibilidad de condenar cualquier mal de la historia o sus consecuencias, por lo que se debería admitir como justificadas la Reforma, la Revolución Francesa o la toma del poder por el comunismo.

Si observáramos toda la historia, adquiriríamos confianza en la marcha hacia adelante del hombre y veríamos que la ley de la vida nos conduce siempre a mayor unidad y organización. Esta es la conocida *prise de conscience de soi*¹², una toma de conciencia humana del propio valor y la propia dignidad que encontramos en nuestra edad moderna, la cual comporta, en palabras del autor, un enriquecimiento innegable y debe ser tenida por una “ganancia adquirida en el conocimiento de la creatura y de las cosas humanas.”

Esta toma de conciencia no es solo una realidad psicológica, sino que más fundamentalmente es un progreso moral, mediante el cual, un hombre nuevo, plenamente consciente de su libertad y plenamente libre, adquiere *nuevos derechos*, tanto en lo político como en lo económico e intelectual. Los nuevos derechos del hombre lo dotan de una renovada autonomía, por la cual se somete cada vez menos a al estado. Es el triunfo del hombre en cuanto persona, que, en el pensamiento de Maritain, es considerada un todo insubordinable, ordenada directamente a Dios y no al poder temporal.¹³

⁸ Ibid., pág. 19.

⁹ Problemas espirituales y temporales de una Nueva Cristiandad, Ediciones Fides, 1936, pág. 114.

¹⁰ J. Maritain, *Du régime temporel et de la liberté*, Desclée de Brouwer, 1933, pág. 98 (como se citó en De Lamennais a Maritain, Ediciones Nuestro Tiempo, 1945, pág. 11)

¹¹ J. Meinvielle, *De Lam. a Mar.*, pág. 20.

¹² J. Maritain, *Rél. et Cult.*, pág. 30.

¹³ J. Maritain en *Revue Thomiste*, mayo-agosto, 1946, pág. 266.

Pero ¿cómo es posible conciliar este progreso de la civilización con la creciente apostasía observada en la humanidad? La respuesta a este interrogante es la tesis maritainiana de la ambivalencia de la historia humana. En la historia encontramos madurando un doble fruto, que, a su vez, conlleva un doble juicio sobre sus diversos momentos. El progreso, por un lado, es del polo animal del ser humano, lo que en su visión de la persona se identifica con la individualidad, y por el otro, el polo espiritual, el de la fecundidad que trasciende lo material, que se identifica con el ser persona.¹⁴ Según Maritain es posible que, aunque por la malicia del hombre se concrete un progreso en el mal, por la acción providencial se realice a su vez un progreso en el bien. La dualidad de progresos conlleva también la existencia de dos cristianismos: uno el de la Iglesia, en cuya oposición a la revolución ve Maritain una tragedia del mundo moderno, y otro que consiste en la fuerza de la acción social de las ideas cristianas, incluso separadas de la jerarquía católica. A este otro cristianismo lo llama “fermento de la vida social y política de los pueblos.”¹⁵ No consiste en conservar y mantener el depósito de la fe, o en profesar la creencia en el Redentor, sino que se trata de la “liberación del ser humano cumplida aquí abajo.”¹⁶ Esta fuerza de las ideas cristianas, a través del progreso de la historia, ha calado en las profundidades de la conciencia profana, pudiendo tomar formas incluso heréticas o revolucionarias, contradictorias con la fe solo en apariencia, pero que por su energía mueven al hombre hacia su fin natural, que es la liberación del género humano. Este cristianismo laicizado se exalta y erige como motor de la historia de la humanidad¹⁷ hacia la *prise de conscience* y lleva al hombre a adquirir los nuevos derechos exigidos por el progreso. Así quedan justificados en Maritain, la libertad de conciencia, de religión plena, de prensa, de palabra y la libertad de sufragio universal.

Como consecuencia de la autoconciencia alcanzada, la autoridad del estado cada vez disminuye más frente a un hombre más libre y menos subordinado. Es necesario, entonces, que a su vez crezca, como factor cohesionante del todo, la amistad cívica y principalmente la *democracia*¹⁸, para Maritain, “forma e ideal de vida común de inspiración evangélica”. La nueva civilización, sin renunciar a ser “cristiana” en el sentido maritainiano, debe poder reunir por un vínculo único a los hombres de diversas creencias religiosas y filosóficas. En última instancia, es

¹⁴ J. Maritain, Problemas espirituales y temporales de una Nueva Cristiandad, pág. 6.

¹⁵ J. Maritain, Christ. et Dém., pág. 35.

¹⁶ J. Meinvielle, De Lam. a Mar., pág. 28.

¹⁷ Ibid., pág. 29.

¹⁸ Christ. et Dém., pág. 18

el amor fraterno universal, lo que se debe alcanzar, que sobrepasa los límites del grupo social para extenderse a todo el género humano. En palabras de Maritain:

“Lo que se conquista por la conciencia profana, si no se desvía hacia la barbarie, es la fe en la fraternidad humana, el sentido el deber social de compasión para el hombre en la persona de los débiles y de los que sufre: la convicción de que la obra política por excelencia es la de hacer la vida común mejor y más fraternal y de trabajar para hacer, de la arquitectura de leyes, de instituciones y de costumbres de esta vida común una casa para hermanos.”¹⁹

La utopía maritaniana, entonces, encuentra su causa final en la humanidad y su servicio, causa en la que debe entregarse el hombre por completo. El progreso, que obtiene una toma de consciencia cada vez mayor, alcanza su grado más alto transformando a la civilización en un anticipo de la tierra de los resucitados. La Iglesia fue promotora de este progreso, pero ahora también lo es la fuerza revolucionaria, cuya ideología o ateísmo son accidentales, pues en substancia comparten la misma fuerza vital de los principios cristianos. Cuando la revolución se despoje de su ideología y se identifique con la Iglesia, la humanidad llegará a su culmen, librada de toda dominación y sumisión, de toda servidumbre, unida por la amistad fraternal, y alcanzaremos la Nueva Cristiandad, el colmo del progreso de la humanidad.²⁰

Esta Nueva Cristiandad es esencialmente diversa de la Cristiandad Medieval, que formó y modeló a una civilización cristiana ingenua, en la que el progresar hacia Dios consistía ante todo en erigirle un trono sobre la tierra. Con la autonomía que alcanza el orden profano y la mayoría de edad del pueblo, la nueva cristiandad en cuanto sociedad no necesita adorar al Dios de la Iglesia Católica y se mantiene neutral frente a los otros cultos:

“La sabiduría cristiana no nos propone volver a la edad media; hacia adelante nos invita a desplazarnos... hacia una cristiandad en que “el ideal o el mito de la realización de la libertad” haya reemplazado al ideal o al mito de la fuerza al servicio de Dios.”²¹

El hombre moderno, elevado por la maduración a la que Dios lo llevó por la historia, no necesita someterse más al estado. La comunidad por sí misma, por la propia plena libertad alcanzada, coopera hacia su fin. Dice el autor: “Aquellos que no creen en Dios o no profesan el cristianismo, si creen en la dignidad de la persona humana, en la justicia, en la libertad, en el amor

¹⁹ Ibid., pág. 69.

²⁰ J. Meinvielle, *De Lam. a Mar.*, pág. 34.

²¹ J. Maritain, *Du régime temporel*, pág. 122.

del prójimo, pueden cooperar también en la realización de una tal concepción de la sociedad y cooperar en el bien común...”

Siguiendo la observación que realiza el padre Meinvielle con motivo de esta cita, si el fin de la ciudad católica es “sobrenatural” y si lo “sobrenatural” excede todas las exigencias de una naturaleza creada o creable, podríamos preguntarnos, ¿cómo es posible que en su realización cooperen quienes rechazan tal fin?²² Los principios rectores de esta civilización no son, entonces, sobrenaturales, sino meramente filosóficos. Podemos afirmar, entonces, que esta ciudad fraternal es naturalista. Tampoco es aceptable en ella que el estado profese la fe católica. Dice Maritain:

“Además, a medida que toman mejor conciencia de la significación propia de la edad de cultura en que entramos, y de su oposición al humanismo de los cuatro últimos siglos, se sienten menos inclinados a suponer que encontrará en los medios humanos, en particular en los medios del estado, el equipo requerido para la obra de lo espiritual aquí abajo.”²³

Se termina de separar con estas líneas, lo poco que quedaba uniendo en la cristiandad maritaniana, a la Iglesia con el estado. Como no es este un medio adecuado para llegar a los pueblos, no le sirve a la Iglesia que el estado profese la verdadera fe. La Iglesia, entonces, deberá ser tolerada como una más entre las otras religiones, pero no ha de pretender prioridad. Ya no existe para Maritain “el mito de la fuerza al servicio de Dios” que caracterizaba a la cristiandad medieval, sino que la fuerza se utilizará para los intolerantes que pretendan imponer su concepción del mundo y amenazar la fraternidad social. Si el estado profesara alguna religión, esa profesión estaría promoviendo en las conciencias la aceptación de ese culto. Por todo esto, en la nueva cristiandad, ciudad naturalista, el estado no se somete a Dios.

El padre Meinvielle, en su amplio estudio del pensador francés, reconoció el resurgimiento de lo que se ha denominado el “catolicismo liberal”, y de las ideas condenadas por Gregorio XVI y San Pio X. Para Meinvielle los postulados maritanianos acerca de la civilización consisten en un resurgimiento del liberalismo de Lamennais y las doctrinas sostenidas en *L'Avenir*, cuyos postulados merecieron una enérgica condena en la encíclica *Mirari Vos*. En las palabras de Gregorio XVI se pueden identificar con claridad varias de las ideas maritanianas. Aquí nos limitamos a citar la condena del Papa²⁴ de una Cristiandad fundamentalmente distinta de la medieval, cuando remarcaba que “la Iglesia universal rechaza toda novedad y que... nada debe

²² J. Meinvielle, De Lam. a Mar., pág. 112

²³ J. Maritain, Du régime, pág. 75

²⁴ Gregorio XVI, *Mirari Vos Arbitramur*, 1832.

quitarse de aquellas cosas que han sido definidas, nada mudarse, nada añadirse, sino que deben conservarse puras en cuanto a la palabra y en cuanto al sentido.”

II) La crítica del padre Meinvielle a los postulados civilizatorios de Maritain es amplia y abarcarla completamente excedería los límites de este análisis. Por ello nos dedicamos a considerar solo dos puntos fundamentales, que exigirían ser desarrollados con mayor profundidad en otra oportunidad.

a. Exclusión de la influencia sobrenatural de la vida social

El hombre, así como la sociedad, ha de ser tanto natural como sobrenatural. Natural por su constitución sustancial de cuerpo y alma, y sobrenatural por el fin al que está llamado, que excede sus capacidades. Por esto, una ciencia especulativa-práctica, la teología, tiene primacía en todo el conocimiento. Es una necesidad para el hombre afirmar la autosuficiencia de la razón, y es ilegítimo separar en la práctica lo natural de lo sobrenatural como sí se distinguen en la especulación. Cualquier orden, entonces, que no mire primero lo sobrenatural, está rechazando la divina revelación y, por ende, no es querido por la voluntad de Dios.

La sociedad política meramente natural, aun si fuera perfecta, no puede salvar al hombre.²⁵ Para que esta lo pueda ordenar a su salvación debe unirse a la Iglesia. Sin esta subordinación que se logró plenamente en la verdadera Cristiandad medieval, el estado laico es absolutamente incapaz de cumplir su fin de encaminar al hombre a la perfección. La vida social que no ordene a lo sobrenatural, al no poder evitar los individuos que esta influya sobre ellos, los termina naturalizando, es decir, desordenándolos al moverlos a un fin que no es el propuesto por el Creador.

b. Carnalización de lo sobrenatural

Por este desorden se suman otros como consecuencia. Sacada la civilización de la vida sobrenatural, esta se profana y devuelve la sociedad al estado previo a la encarnación. Donde había verdadera civilización vuelven a nacer dos totalitarismos que el padre Meinvielle califica de Monstruosos: el de la fuerza y el de la ley, el pagano y el judaico.

En la corriente pagana aparecen figuras diversas mas con valores compartidos: Erasmo, Lutero, Maquiavelo, Kant, Hegel, etc. En la corriente judaica encontramos desde Calvino hasta la ilustración que derivan en el liberalismo y la democracia, para finalizar con el comunismo. El

²⁵ J. Meinvielle, De Lam. a Mar., pág. 320.

liberalismo católico, dice Meinvielle, se sitúa en esta corriente y por ello es destructor y carnalizador de las ideas evangélicas de libertad, igualdad, fraternidad y progreso. Corrompido su sentido sobrenatural se vuelven anticristianas, de ahí su conexión con el ideal masónico, corruptor de la vida social.

De esta manera, carnalizando el mensaje evangélico, se llega a la nueva Cristiandad. Pero “de nada vale que se llame cristiandad”²⁶ si esta no busca otro fin que la felicidad terrena. En miras al fin último construimos toda la vida social. Si hacemos del fin el amor a Dios de tal manera aceptaremos la igualdad, hermandad, fraternidad, y el progreso, en tanto lleven a la gloria de Dios y el engrandecimiento de su divina sociedad. En cambio, si el fin último está en lo terrenal, todo lo sacrificaremos por una libertad, igualdad y fraternidad, deformadas y meramente humanas, incluso haciendo arder en sus altares los derechos de Dios y de la Iglesia.

Luego de todo lo expuesto, podríamos concluir que el autor francés fue seducido, durante su maduración intelectual, por el espíritu del liberalismo y el progresismo. Es notable en sus primeras obras la manifiesta oposición a la absolutización del progreso como ley metafísica, y es severa la advertencia que realiza sobre las posibles consecuencias; pero terminó siendo él mismo quien entronizó al progreso como estructura constitutiva de la historia, y derivando de ello casi innumerables peligrosas consecuencias en el ámbito político y social. Si bien las críticas formuladas por el padre Julio Meinvielle son ilustradoras, para cuestionar el pensamiento político de Maritain bastaría tan solo con darse cuenta de que muchos de los postulados y conclusiones que el autor sostiene, son *manifiestamente opuestas* a la enseñanza de la Iglesia. Desde la libertad de prensa hasta la insubordinación del estado a la Iglesia, el endiosamiento de la democracia como única forma política y la apología de la absoluta tolerancia, entre muchos otros, el pensamiento maritainiano está plagado de concepciones, ora contrarias a la doctrina, ora directamente condenadas por los sumos pontífices. Entendido esto, no se puede dejar de remarcar que este pensamiento se acerca peligrosamente, con su vocabulario y laicismo, al ideal masónico de la fraternidad universal, que, desde los primeros días del iluminismo, opera contra la Iglesia de Cristo buscando la unión de los hombres, por encima de cualquier creencia.

²⁶ Ibid., pág. 324.

RESUMEN

El pensamiento del filósofo francés Jacques Maritain atravesó una evolución desde su juventud, en la que advertía sobre los peligros de hacer del progreso una máxima universal, hasta su madurez, en la que pasó a defenderlo como principal motor de la historia. Explica que, por la marcha hacia delante de la humanidad, el hombre adquiere la *autoconciencia* y por ella mayor libertad y la obtención de nuevos derechos. A su vez, este hombre nuevo es parte de una Nueva Cristiandad, una civilización en la que los principios cristianos influyeron en la conciencia profana, haciendo que la fraternidad universal sea posible, incluso bajo diversidad de credos y filosofías. Como consecuencia, el estado no se subordina más a la Iglesia, que ahora está en pie de igualdad con las demás religiones y no puede objetar la libertad de culto y de conciencia. El padre Meinvielle critica esta concepción de la Cristiandad, alegando que excluye lo sobrenatural de la vida social y que la filosofía de Maritain constituye una carnalización de los principios evangélicos, que, ahora deformados, se tornan anticristianos. La concepción maritaniana de la civilización guarda muchas y peligrosas similitudes con el ideal masónico de fraternidad universal, y busca crear una sociedad que no necesite adorar al Dios de la Iglesia.

CURRICULUM

SANTIAGO NICOLÁS BAÑOS nació en la Provincia de Buenos Aires, Argentina, en 2005. Es estudiante de grado de la carrera de Abogacía y primer vocal en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.